

INTRODUCCION

Dr. Horacio Gutiérrez Blanco

La publicación del libro "Médicos Uruguayos Ejemplares", primer tomo, ha tenido entre los lectores una acogida muy superior a la esperada, lo que nos ha motivado encarar la realización de este segundo tomo.

Con estas semblanzas hemos intentado rescatar del pasado y del olvido, vidas de médicos, plenas de virtudes -que fueron muchas- y que han de servir de inolvidables ejemplos, fundamentalmente a las nuevas generaciones de médicos.

Ellos han sido protagonistas o testigos de los principales acontecimientos que contribuyeron al nacimiento, crecimiento y consolidación del Uruguay.

Así, Teodoro Vilardebó, nacido en 1803, fue el primer médico uruguayo; formado en Europa, se caracterizó como riguroso investigador científico, ávido de saber siempre más; si llegara a nacer en la actualidad -no tenemos dudas- sería un encumbrado hombre de ciencia.

Fermín Ferreira, nacido también en 1803, participó en su calidad de cirujano mayor, en numerosas confrontaciones bélicas que consolidaron la nacionalidad; y con tesón infatigable contribuyó a la fundación de la Universidad de la República, la Sociedad de Medicina Montevideana y dictó en forma acertada y humanitaria medidas preventivas para la lucha contra la fiebre amarilla y otras epidemias.

Cuando reflexionamos sobre la vida apasionante de esas 50 semblanzas del primer tomo, recuperadas al pasado, quedamos sorprendidos de ese número; pero semejante a lo que sucede con esas vetas de piedras preciosas inagotables, a medida que hurgamos y excavamos en la profundidad de nuestra historia, descubrimos otras vidas apasionantes, completamente olvidadas, ignoradas por muchos de nosotros.

En este segundo tomo se relatan 60 nuevas semblanzas, totalizando 110 vidas de médicos, que impactan nuestro espíritu. Pero la veta no se agota; son muchos, muchísimos más los que merecen ser reconocidos en letras de molde; han ejercido su apostolado -la mayoría de ellos- humildemente, abnegadamente, en forma sacrificada y oscura para la historia.

Es lo que ha sucedido con gran parte de los llamados "médicos del interior o de campaña", que si bien no han tenido "currículum científico", hicieron de la sublime caridad un hábito de rutina y han permanecido presentes en los corazones, pensamientos y recuerdos de sus contemporáneos, legando un riquísimo anecdota-rio, que con unción se fue transmitiendo de padres a hijos, de generación en generación.

La magnitud del centralismo montevideano motiva una deuda de gratitud con esos denodados médicos del interior; deuda que pretendemos saldar en parte haciendo el relato de esas vidas, en un tercer tomo, que con grandes esperanzas confiamos publicar.

De esos médicos muy bien puede decirse lo que refiere Muiños a través de la pluma de Mantegazza: "El médico puede salvar la vida del que aún no nació; puede transformar en un hombre robusto y longevo al niño frágil y debilucho; el médico puede devolverle la vida a uno que se asfixia, y puede detener la sangre del vaso herido por donde se escapa la vida; puede enderezar a un giboso y hacer hablar a un mudo; puede devolver la luz del sol a un ciego y la luz de la razón, aún más indispensable, al que la había perdido..."

Es una obligación imprescindible actualizar nuestro pasado médico, si deseamos ubicarnos en el presente y vislumbrar el futuro. El progreso a que ha llegado la Medicina no es por generación espontánea. Son muchos los sacrificios, la mayoría de ellos ignorados, con que muchos han contribuido, gravitado, para la más confortable salud de la población.

Ya hemos comentado las vertiginosas conquistas del hombre-médico, a través de la rigurosidad de la ciencia y de la tecnología, y el rol capital en nuestro país de Clemente Estable y otros.

No hay espacio para la capacidad de asombro después que el hombre llegó a la luna; todo lo que parecía ficción es una tangible realidad.

Trasplantes de todo tipo de órganos serán posibles, y el robot electrónico, símil humano, está sustituyendo al hombre en muchas tareas específicas.

Vivimos en una era tecnológica tan avanzada que ni siquiera nos damos cuenta de los ingentes sacrificios de los investigadores -creativos cerebros solitarios o en equipo, silenciosamente desapercibidos- hasta que estalla la eclosión del milagro en la luz del descubrimiento y se logra lo increíble... y la palabra confort se idealiza, empleándola como sinónimo de felicidad. La felicidad es otra cosa; está esencialmente vinculada con los valores del espíritu.

El hecho positivo es que vivimos en pleno estado de inquietud científica y propósitos de investigación. Todos los pueblos del orbe tienen conciencia de ello y de una y otra manera tratan de conseguirlo. Los países llamados subdesarrollados tienen su mira en los países industrializados; y en las últimas décadas, en los llamados países milagrosos, que los lectores conocen muy bien. Pero no hay tal milagro; el secreto es el trabajo perseverante, con tenacidad y gran sentimiento de responsabilidad. Por más que se quiera buscar otra explicación, no la hay. Los aportes de grandes capitales significan valiosísimo apoyo; pero si esos capitales no se manejan con inteligente planificación técnica y profundo sentimiento de laboriosidad y responsabilidad, no significarán mucho, e incluso pueden fracasar estrepitosamente. La responsabilidad genera la perseverancia, que es capaz de modelar desde el cerebro hasta el músculo. No debemos olvidar aquella antigua definición del genio, que dice que es 10% de inspiración y 90% de transpiración.

Con referencias a la salud y enfermedad, ya hemos insistido que en los últimos cien años, o incluso en los últimos cincuenta los progresos en Medicina han sido más importantes y numerosos que en todos los siglos anteriores. Esto hace que las expectativas de vida sean mucho mayores y los índices de longevidad hayan rebasado los 70 años.

Esto es muy positivo, por lo que debemos apoyar fervientemente todos los recursos posibles en el ámbito científico y tecnológico para que el Uruguay, en el concierto internacional, ocupe el lugar que le corresponde. Ya hemos dicho que la grandeza de un país no se mide por su tamaño ni por el número de habitantes; se han citado países muy pequeños que ocupan un lugar de avanzada por su enorme desarrollo científico y tecnológico.

Desde el punto de vista de la Medicina, para lograr esto el médico, cualquiera sea la orientación que siga, debe tener como principio fundamental el que después de graduado es cuando tiene que estudiar más; la carrera médica y su ejercicio es siempre dinámica; siempre en plena evolución, ya que una verdad de hoy puede no serlo mañana; hay que estar siempre bien informado y no abandonar nunca sus fuentes de saber: la Facultad de Medicina y los hospitales.

Hoy los cursos de postgrado (existen 45) son imprescindibles; seguramente a corto plazo tendrán que ser obligatorios. Es muy importante que los médicos se acostumbren a concurrir a cursos de temas puestos al día; es una gran oportunidad de estar actualizados. De la misma manera hay que hacer tiempo para asistir a las sociedades científicas donde serán siempre muy bien recibidos aunque no sean asociados. Afortunadamente, en nuestro país, a cualquier nivel, la enseñanza médica es gratuita. Aunque no se realice la carrera docente, el médico debe integrarse a algún servicio del Hospital. Siempre, en todas las épocas, la vida del hospital, al lado de la cama del enfermo, ha sido el mejor libro. Aunque se realice una especialidad, no hay que abandonar la Medicina General, porque la Medicina es un todo, con interrelaciones funcionales y orgánicas entre los otros sistemas. De ahí que hay que leer revistas científicas de Medicina y Cirugía y especialidades, y no debe faltar nunca en el escritorio del médico, un buen libro de Fisiología, Patología Médica y Quirúrgica, y Farmacología. La cultura general, tan olvidada hoy, juega un rol muy importante, porque el médico está inserto en un medio social con múltiples problemas de miserias y grandezas, estando obligado a conocerlos para resolverlos.

Se ha insistido en que la ciencia y la tecnología cada día que pasa se van modificando por el progreso de las técnicas.

Pero lo que sigue incommovible a través de la historia de la humanidad, es el espíritu del médico que siempre será el mismo, el depositario de la fe, de la infinita confianza del paciente y de sus familiares, lo que hace que esta piadosa profesión sea completamente distinta a las demás. Pasan las generaciones y el médico siempre tiene que seguir siendo el mismo.

Las 110 semblanzas que se relatan en los dos tomos, están plenas de ejemplos del comportamiento humano del médico.

Purriel, en la semblanza de Larghero, dice: "Pasaré a la historia no por su obra científica y original, ni por el dominio de la técnica quirúrgica, sino por su figura humana, plena de sacrificio y abnegación; de tal renunciamiento a sí mismo, de darse por entero a la acción en beneficio de los que sufren, sin treguas, sin descanso, sin quejas, sin lamentaciones... trabajando durante su juventud, con su espíritu colmado de planes a seguir, en los más diversos campos del conocimiento médico; trabajando por encima de los límites físicos de la edad madura... pero conservando la misma tensión y ansiedad por progresar... con la eterna preocupación de ser útil al enfermo en cualquier hora y situación, siempre". Y sigue Purriel: "El médico debe tener siempre gran sentido de la responsabilidad, ya que tiene el privilegio de que se le confíe el cuidado de lo trascendente. Necesita una exquisita sensibilidad, que lo lleva a sentir el problema a resolver como algo suyo; una generosidad sin límite, que le permite volcar sobre el enfermo toda la ayuda material y espiritual a su alcance. Larghero sentía un inmenso placer en ofrecer o dar gran parte o todo lo que ganaba. Los intereses materiales jamás lo atraieron, y solía decir que la riqueza se lleva en el corazón y en el cerebro".

Consideramos que más que insistir en cómo debe ser el médico, es mucho más aleccionador para los nuevos médicos leer y meditar, reflexionar profundamente, las vidas ejemplares que relatamos, para comprobar que todas ellas se identifican por un profundo amor al prójimo, con dedicación total, con grandes sacrificios, para lograr la curación o bien calmarlo; y si esto no fuera posible, consolarlo de tal manera que pueda sobrellevar con dignidad y suprema resignación esos difíciles trances de la enfermedad; en una palabra, humanizar el gesto médico.

Por supuesto, ese humanismo en esos dramáticos momentos en que parece que todo está perdido, debe estar siempre acompañado del raciocinio científico; siempre con esa lucecita de esperanza de poder cambiar el pronóstico pesimista, para lo cual hay que seguir siempre observando, estudiando al paciente, sin declararnos nunca derrotados; tampoco significa esto que transformemos al enfermo en un experimento inhumano; la muerte también en ciertas circunstancias debe aceptarse como inevitable e incluso -pobres de nosotros los médicos- como algo deseable.

¡Qué difícil es ser buen médico! En muchos ser médico es una vocación con la que se nace, que surge de lo más profundo del ser humano; están "genéticamente" preparados para la lucha entre la salud y la enfermedad; la felicidad y la desgracia; la vida y la muerte. Son ellos los verdaderos apóstoles de la Medicina, los que sienten esa sagrada responsabilidad frente al dolor, a la crudeza de sus obligaciones con los pacientes y familiares, que se aferran a él; y si éste llegara a faltar, se sentirían desesperados y desamparados, sin concebir que otros puedan sustituirlo.

A veces, el sentimiento vocacional se va plasmando, modelando lentamente de acuerdo a las circunstancias. La pérdida de un ser querido puede provocar una frustración, una inseguridad, dudas de la asistencia médica que tuvo ese familiar, amigo o miembro de la comunidad; y se siente la motivación de estudiar Medicina; y de luchar sin desaliento, sin descanso; y se consagra la vida al arte de curar, queriendo de esta manera saldar una deuda de amor con sus semejantes.

El incentivo puede ser las penurias de la comunidad por la falta de médico; el drama de las enfermedades con sus dolores y miserias, que despiertan la piedad, la solidaridad y la inmensa alegría de servir, que obliga a estudiar con gran fortaleza y perseverancia, hasta culminar con el anhelado título de médico.

Muy lamentablemente, en la mayoría de los países subdesarrollados faltan las fuentes de trabajo, no se estimulan las artesanías, y los padres, no encontrando horizontes para sus hijos, los inician en las llamadas carreras liberales. Entre ellas, en forma predominante, está Medicina, que padece una plétora desbordante de estudiantes muy por encima de las necesidades de la población, creando un serio problema socio-económico. Hay desestabilización de la propia estructura del planeamiento de la enseñanza, por falta de rubros, equipos y capacidad locativa. Se resquebraja la formación y la actuación del médico y los pacientes se sienten mal asistidos. Quizá en esta triste situación se salvan los más aptos, con más sentimiento vocacional a pesar de todas las penurias, con ese espíritu de entrega total del que hemos hablado.

A pesar de todas las adversidades, hay que tratar de que el médico se vaya forjando paulatinamente, impregnándose con el acopio de las nuevas técnicas, que le facilitarán posibilidades diagnósticas y terapéuticas cada vez mayores.

Pero sin olvidar nunca en lo que hemos insistido: la calidad humana de la asistencia. No sólo el paciente tiene que ser bien estudiado, sino que por sobre todo tiene que ser bien atendido, para lo cual tenemos que jerarquizar la moral y la dignidad médica.

En la magistral biografía que escribió Buño sobre Héctor Muiños, hace referencias al libro "Medicina, una noble Profesión", publicado por Muiños en 1958; y tiene conceptos de tanta actualidad que insistimos en aconsejar su lectura.

Buño dice: "Es un libro sin par, que expresa la concepción del ejercicio profesional con la preocupación de los profundos cambios de la Medicina; en el trato con el enfermo; en la relación del paciente con el médico y de éste con sus colegas; en el desarrollo desahogado y no siempre justificado de una industria farmacéutica apoyada por una publicidad avasallante; en el establecimiento de formas de mutualistas y de seguridad social mal orientadas, peor organizadas y no siempre dirigidas al exclusivo bien del enfermo... y del cambio que se está operando en las formas de la asistencia médica, al ser sustituido el médico de familia por el equipo de múltiples y casi anónimos técnicos, médicos y paramédicos con sus numerosas especialidades, con su impresionante multiplicidad de aparatos y laboratorios, culminando con una terapéutica compleja, de productos químicos de impronunciabiles denominaciones, que rápidamente se suceden y que no permiten, sino raramente, la sedimentación de una experiencia personal, cuando ya son sustituidos por otros."

"Escribió su libro como una reacción a este avasallante cambio; como una necesidad de expresar su protesta inteligente y fundada; como expresión de disgusto por la desaparición inexorable de relaciones humanas que consideraba eran la única forma cabal de convivencia..."

"El avance científico trajo consigo, inevitablemente, la necesidad de la especialización; la Medicina se fue parcelando en especialistas de un solo aparato, de un sólo órgano o hasta de una sola enfermedad... Como consecuencia el médico ha perdido la visión panorámica total del hombre que sufre, con su cuerpo enfermo y su siquis preocupada, temerosa, angustiada... y reclama volver al clásico "médico de familia" que le da oportunidad de conocer el ambiente familiar y sus condiciones socio-económicas, que pueden haber influido sobre la salud del paciente."

Esto es una tremenda y angustiante realidad, aunque últimamente la gravedad de la situación ha tomado conciencia en las autoridades profesionales que nos rigen, creando cargos de "médicos de familia", lo que seguramente ha de tener beneficiosa repercusión en la asistencia global de la salud.

No podemos dar por finalizada esta introducción, sin hacer referencia a un personaje generalmente olvidado, que actúa en la recogida penumbra del hogar, con la fidelidad de una sombra inseparable de la vida angustiosa del médico. Nos referimos a la mujer, a su compañera de todas las horas, que con su propia abnegación y espíritu de sacrificio ilumina el camino incierto y reconforta el ánimo aterido, en los momentos cruciales de la vida profesional.

Y para terminar, perdonémos nuestra insistencia al reiterar que cualquiera sea la especialidad o subespecialidad, la atención debe realizarse teniendo en cuenta que más que enfermedades estamos tratando enfermos, con matices diferentes, y que por pequeños que ellos sean hay que tenerlos muy en cuenta.

El tríptico pues, de Ciencia, Tecnología y Humanismo, es indivisible.

Nuestro sincero homenaje y agradecimiento a los gestores de estas semblanzas. También ellos son prestigiosos Maestros, plenos de gran sensibilidad, que siguen actuando en la docencia, investigación y asistencia, cumpliendo el ideario que heredaron de sus predecesores, y tratando que esa llama sagrada del médico como Hombre integral perdure eternamente.